

Nuestra «primera» ascensión (?) al Vesubio



Pancho Labayen, nos ha enviado estas líneas para PYRENAICA. Él, que tanto sabe de las luchas que sostuvo durante los últimos años que se publicó bajo su dirección, nos alienta y anima con su experto consejo. Este artículo lo preparó en 1936 para el próximo número de PYRENAICA... que no ha salido hasta hoy.

Las Ferias o Exposiciones de la industria y del comercio que periódicamente vemos anunciadas en diversos países, suelen constituir magníficas excusas, —aunque no se tenga nada que comprar ni vender— para realizar excursiones turísticas por la Península, pero mejor aún si son por el extranjero, que nos atrae con singular emoción.

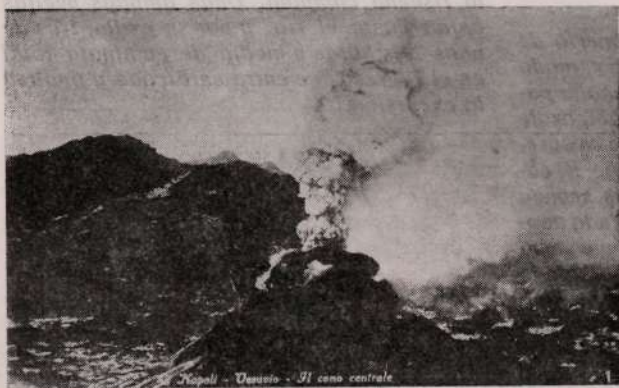
Recordamos al efecto que el año 1934, aprovechando el anuncio de la famosa Feria de Milán, planeamos un bonito viaje terrestre-marítimo desde Barcelona. Y una vez en Italia, la Feria de Milán era lo de menos. Allí está Nápoles y hubiera sido imperdonable estando en Italia no hacer una escapada a dicha pintoresca población (como estando en Madrid no visitar Sevilla) como lo explica el famoso dicho: «Vedi Nápoli e poi mori».

Y una vez en Nápoles, es de rigor una excursión a las ruinas de Pompeya y Herculano y al famoso Vesubio (famoso por sus trastadas), que con su penacho siempre humeante, como si hubiera allí una gran fábrica, da carácter a Nápoles —al fondo de su incomparable bahía— divisándose muchos kilómetros antes de llegar a la interesante capital napolitana.

En aquel entonces se editaba en Bilbao un periódico deportivo titulado «EXCELSIUS», cuyas páginas montaÑeras dirigía Antonio Ferrer —el popular «Hombre de las Cavernas»—, y en las que hacíamos también nuestros pinitos literario-montaÑísticos. Y desde el Vesubio enviamos una postal al amigo Ferrer, a quien faltó tiempo para comentar «nuestra escalada», felicitándonos por la proeza que creía habíamos realizado. Pero no hubo tal proeza, ya que el Vesubio no se presta a ello, pues se trata de una montaña modesta de 1.176 mts. de altitud (poco más que nuestro Hernio), y si no fuera porque en sus entrañas se desarrollan las actividades propias de los volcanes y en mayor o menor grado está siempre en erupción, sería poco menos que desconocido.

Pero ya que hemos comenzado a hablar del Vesubio,

vamos a relatar algunos pormenores sobre el mismo, para conocimiento de los que no tengan idea de sus características y la forma de llegar hasta su mismo cráter. Puede optarse para ello, por el funicular, o por la carretera. Como nuestro grupo había alquilado un auto para visitar las ruinas de Pompeya que se extienden a sus pies, a continuación, y aprovechando el mismo vehículo, nos internamos por la carretera que asciende hacia el cráter del Vesubio.



Nápoles.—El Vesubio. Cono central.

Los primeros cinco o seis kilómetros, o sea aproximada-

Carecemos de Cobijos estratégicos

Es innegable que para practicar el alpinismo de altura en nuestra península, actualmente disponemos de un buen número de hoteles, albergues y refugios que nos permiten, no sólo alcanzar la vecindad de las grandes cumbres, sino también prolongar nuestra estancia bajo ellas. Sin embargo, falta algo; algo muy importante, un nuevo elemento que añadir a la serie de construcciones montaÑeras: el Cobijo.

Caminando «a salto de rebeco» de cordi-

llera en cordillera y de isla en isla, pasando fatigas y en ocasiones riesgos ciertos, he imaginado esta nueva construcción. Aunque la he «soñado» en muchos momentos de mi vida montaÑera y en ocasiones casi envuelto en la tragedia, jamás la ví brindándome confort, ni cena, ni fuego, ni aun cama siquiera... Eran sus paredes suficientes, sólidas y secas, amparándome del azote de la gélida ventisca o del espectacular pero terrible y sobrecogedor aparato de la tempestad. ¿Os imaginais qué cosas podrían hacerse en nuestras cordilleras si supiéramos que los perdidos pero bien colocados eslabones de una cadena de cobijos relativamente cercanos, nos aguardaban incólumes por encima de todo? Las cordilleras estarían a nuestro alcance físico en toda su longitud y no fragmentadas como en la actualidad y, lo principal, las tempestades las nieves prematuras, los bruscos cambios climáticos propios de las grandes alturas e, incluso, la llegada de la noche no representarían una suma de terribles peligros insoslayables e inquiet-



FIGURA 1

antorcha, ilumina con tonos rojos vivos cuanto nos rodea y dá un tinte trágico a aquél paisaje espeluznante. Pues por otra parte, toda la lava desprendida de un mes a esta parte y aún más tiempo, aparece en ascuas y semeja talmente fuegos fatuos, impregnando el ambiente de caracteres dantescos, que impresionan y dejan una huella indeleble en la retina.

Poco a poco vamos descendiendo al lugar donde abandonamos el coche, sin poder apartar la vista de aquél espectáculo fantástico; y volvemos amilanados y asombrados del poder de los elementos, que bullen en el interior del planeta que habitamos, mientras vivimos tan tranquilos, bien ajenos a que cualquier día se le hinchén las narices y salgamos de estampía como fuegos artificiales o nos veamos enterrados entre lava y ceniza, como los desgraciados habitantes de Pompeya y Herculano, que vivían tan felices y contentos, y un día desaparecieron bajo una capa de varios metros de ceniza, que les sepultó bajo sus viviendas, cuyas techumbres se hundieron, y en esa forma han permanecido sus buenos diecisiete siglos, hasta que como el Ave Fénix, van surgiendo las ruinas, por cierto en magnífico estado de conservación, incluso las clásicas pinturas pompeyanas.

Y ya completamente de noche, retornamos a Nápoles, sin poder olvidar ni por un momento, el espectáculo visto, que ha sido con mucho la impresión más fuerte y grabada que trajimos de nuestro viaje por Italia.

FRANCISCO M.^a LABAYEN (DE «AMIGOS DE ARALAR»)